

Simbad conoce a Simbad

Cuentan que el día en que a Simbad el marino se lo llevó la muerte, el mar se volvió negro de tristeza. Para entonces, la historia de aquel viejo mercader ya era bien conocida en Arabia y corría de pueblo en pueblo por otros reinos de Oriente. Todas las noches al salir la luna, los beduinos¹ se la contaban al amor de sus hogueras, y cada vez que pensaban en Simbad creían oír el rumor de las olas en medio del desierto. Mientras tanto, en las grandes ciudades, los esclavos relataban a sus señores los múltiples naufragios de Simbad, y los príncipes les explicaban a sus esposas que aquel sabio y astuto marino siempre volvía de sus viajes con las manos cargadas de monedas de oro. Y lo mismo en los grandes desiertos que en los ricos palacios de los reyes, la historia de Simbad maravillaba a todo el que la oía, así que cada noche los cielos de Oriente se llenaban poco a poco de exclamaciones de asombro.

Quien más quien menos sabía que Simbad el marino procedía de Bagdad,² una ciudad donde aquel hombre legendario siempre contó con muchos amigos. Los pordioseros del lugar solían besarle las manos por su buena costumbre de repartir

1 **beduinos**: pastores que viven en zonas desérticas de Arabia, Siria y el norte de África.

2 La ciudad de **Bagdad**, en el actual Irak, era la capital del imperio islámico en la época de Simbad.

limosnas, los poetas lo alababan en sus canciones y el mismo califa³ presumía de conocerlo. A decir verdad, en toda la ciudad solo había una persona que ignoraba quién era Simbad el marino: se trataba de un joven porteador⁴ que, por un raro capricho de la vida, también se llamaba Simbad. Todos los días del año trabajaba desde el amanecer hasta la noche llevando fardos de un lado para otro, pero, como la suerte no le acompañaba, vivía en la mayor de las pobreza y apenas si lograba sustentar a su familia.

Un mediodía de mucho calor, Simbad el porteador se sentó a descansar por un momento junto a una gran mansión de la que salía un rumor incesante de músicas y risas. «¡Hay que ver lo injusto que es el mundo!», pensó entonces Simbad. «Los dueños de esta casa gozan de todos los placeres sin tener que trabajar, mientras que yo no descanso en todo el día y aun así no tengo donde caerme muerto». Al hilo de aquella idea, Simbad recordó una vieja canción, que comenzó a cantar con templada voz:

Cuando Dios hizo el mundo
desde la nada,
puso en él cosas buenas
y cosas malas,
y al repartirlas
le dio rosas al rico
y al pobre espinas.

No hay destino más triste
que la pobreza,
pues el pobre no tiene

³ **califa**: rey musulmán.

⁴ **porteador**: persona que trabaja transportando cosas.

ni quien lo quiera.
Todo en su vida
es miseria y trabajo,
hambre y fatiga.

Mientras tanto, los ricos
todo lo tienen:
tienen grandes palacios,
mesas de reyes.
De risa en risa,
sobre alfombras de flores
pasan su vida.

Por eso cada noche,
cuando le rezo,
al Señor le pregunto
mirando al cielo:
«¿Por qué este mundo,
siendo grande y hermoso,
es tan injusto?».

Cuando acabó de cantar, Simbad lanzó un suspiro de tristeza y se dispuso a seguir con su trabajo, pero justo entonces salió de la mansión un criado joven y bien vestido que le dijo:

—Señor, mi amo desea veros.

Simbad se quedó muy extrañado.

—¿Para qué va a querer ver a alguien tan pobre como yo un señor tan rico como tu amo? —dijo.

—No lo sé —respondió el criado—, pero acompañadme y él mismo os lo dirá.

De modo que Simbad siguió al joven hacia el interior de la casa. A través de un hermoso patio de naranjos que tenía todo el aroma de las rosas de Persia, los dos entraron en un lujoso

salón donde diez caballeros vestidos como príncipes comían en una mesa repleta de manjares. Un anciano de ojos bondadosos que era sin duda el dueño de la casa invitó a Simbad a sentarse a su lado y a comer lo que quisiera. El pobre mozo estaba tan hambriento que devoró con ansia un plato tras otro hasta que se sintió a punto de reventar. Al acabar la comida, el dueño de la mansión le preguntó su nombre, y el joven respondió que se llamaba Simbad y que no era más que un simple porteador.

—¡Qué casualidad! —rió el anciano—. Yo también me llamo Simbad, aunque todo el mundo me conoce como Simbad el marino. En fin, supongo que ya sabes por qué te he hecho entrar en mi casa.

—Vuestro criado no me lo ha dicho...

—Pues porque me ha gustado mucho la canción que has cantado en la calle.

Simbad el porteador enrojeció de vergüenza.

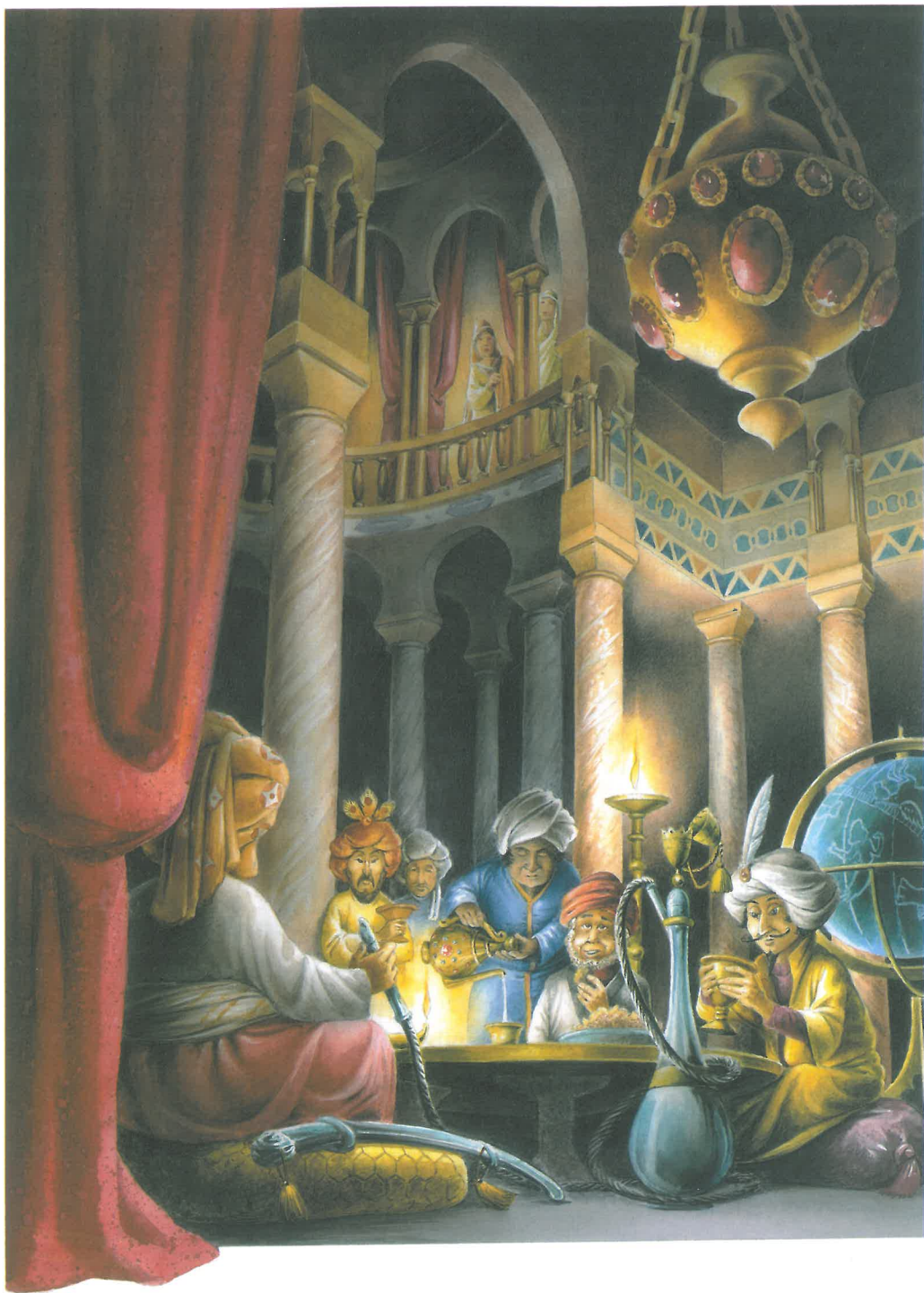
—Bueno, en verdad no era más que una coplilla... —se disculpó.

—¡Nada de eso! —replicó Simbad el marino—. Era una canción muy hermosa, y además sé muy bien lo que sentías al cantarla, pues, aunque no lo creas, yo también fui pobre en el pasado.

—¿De veras? —dijo el porteador—. ¿Y cómo habéis llegado a ser tan rico?

Cuando el anciano iba a responder, los otros comensales⁵ le rogaron al porteador que volviese a cantar su canción, a lo que el joven no pudo negarse. Su copla fue recibida con muchos aplausos, pero el mozo apenas les prestó atención, pues

5 **comensal**: persona que participa en una comida.



no hacía más que preguntarse cómo habría logrado Simbad el marino atesorar tantas riquezas.

—He ganado mi fortuna en siete grandes viajes —le explicó el anciano—. Si te quedas un rato con nosotros, te contaré cómo fueron, pues estos amigos han venido a que les explique la historia de mi vida. La conocen de sobras, pero nunca se cansan de escucharla.

—¡Es que es la historia más sorprendente del mundo! —dijo uno de los comensales.

—Ardo en deseos de escucharla —confesó Simbad el porteador, lleno de curiosidad.

De modo que Simbad el marino comenzó a contar su historia. Y dijo así: